Investigación

GénEroos
Volumen 4/número 7/marzo-agosto 2026/ pp. 222-251
eISSN 2992-7862
https://doi.org/10.53897/RevGenEr.2026.7.8
CC BY-NC-SA 4.0

Cuidados y reproducción social entre migrantes indígenas en CDMX

Care and social reproduction among indigenous migrants in Mexico City

Mayra Guadalupe Salazar Valseca ORCID: 0000-0002-0431-4846
Miriam Aidé Núñez Vera ORCID: 0000-0003-4631-8455
Rodrigo Megchún Rivera ORCID: 0000-0001-8135-2056
Universidad Autónoma Chapingo, Estado de México, México

Recepción: 16/08/25
Aprobación: 07/02/26

Resumen

Este artículo tiene como propósito mostrar una clasificación de los espacios de acción o lo que llamamos esferas de cuidados entre las que interactúan las mujeres migrantes de Chiquihuitlán, Oaxaca, como cuidadoras o receptoras de cuidados. La clasificación es resultado de una investigación más amplia en el que analizamos cómo las participantes del estudio vinculadas al servicio doméstico en la Ciudad de México estructuran sus circuitos de cuidados dentro y fuera de su comunidad de origen. Realizamos una investigación cua-

Abstract

This article aims to present a classification of the spaces of action, or what we call spheres of care, within which migrant women from Chiquihuitlán, Oaxaca, interact as caregivers and/or receiving of care. This classification is the result of a broader research project that analyzed how study participants linked to domestic service in Mexico City structure their care circuits within and outside their community of origin. We conducted qualitative research using multi-sited ethnography, both in the community of origin and the destination

litativa mediante etnografía multisituada, tanto en la comunidad de origen como en la de destino. Aplicamos entrevistas a profundidad y recopilamos las historias de vida de 10 mujeres hablantes de mazateco, originarias del municipio de Chiquihuitlán de Benito Juárez, Oaxaca, que emigraron para insertarse en el trabajo doméstico remunerado o de cuidados sin remuneración en la Ciudad de México entre las décadas de 1950 y 1990. Presentamos parte de sus experiencias recogidas mediante el marco de la circulación de cuidados. Para su análisis planteamos tres esferas del cuidado, entre las que interactúan las mujeres del estudio: cuidados familiares, cuidados comunitarios y cuidados mercantilizados.

Palabras clave

Circulación de cuidados, esferas del cuidado, familia, comunidad, servicio doméstico.

community. We carried out in-depth interviews and collected the life stories of 10 Mazatec-speaking women originally from the municipality of Chiquihuitlán de Benito Juárez, Oaxaca, who migrated to work in paid domestic or unpaid care work in Mexico City between the 1950s and 1990s. We present some of their experiences, which were collected using the framework of the circulation of care. For our analysis, we propose three spheres of care among which the women in the study interact: family care, community care, and commodified care.

Keywords

Care circulation, spheres of care, family, community, domestic service.

Introducción

El análisis presentado en este artículo se enmarca en los aportes de la perspectiva teórica de género y migración, específicamente del trabajo de cuidados en la migración femenina, y tiene el propósito de mostrar una clasificación de los espacios de acción o lo que llamamos esferas de cuidados, en las que interactúan mujeres migrantes de Chiquihuitlán, Oaxaca, como cuidadoras o receptoras de cuidados. La clasificación es resultado de una investigación más amplia, cuyo objetivo fue analizar cómo las mujeres chiquihuitecas, vinculadas al servicio doméstico en la Ciudad de México, estructuran sus circuitos de cuidados dentro y fuera de su comunidad de origen.

En este primer apartado, comenzamos por presentar los referentes teóricos y metodológicos que guiaron el estudio, para posteriormente describir el contexto de la investigación. En el segundo apartado presentamos

los resultados de la investigación a partir de la clasificación de esferas de cuidados entre migrantes chiquihuitecas. Posteriormente, seguimos con la discusión de resultados con referencia a nuestro marco conceptual y metodológico; y finalmente, cerramos con las conclusiones.

Cuidados y migración

Las perspectivas que guían nuestra investigación son la ética del cuidado que resalta los afectos y emociones involucradas en las relaciones de cuidados y enfoca su análisis en esos vínculos (Carrasco, 2005); la economía feminista, en donde los cuidados integran el trabajo necesario para la reproducción social, lo cual no se centra sólo en el componente afectivo (Carrasco, 2014), y el feminismo marxista que no separa los cuidados del trabajo de reproducción, ya que asume ambos elementos como inherentes (Federici, 2015).

En este texto, por cuidados nos referimos a un término amplio indisociable del trabajo de reproducción social estructurado en jerarquías de género y otras. Retomamos la ética del cuidado en el enfoque de familia para analizar las relaciones sociales, y mantenemos la centralidad del concepto, desde donde se ha profundizado el estudio de cuidados entre mujeres migrantes que forman familias a la distancia.

Partimos de que las relaciones familiares están estructuradas en relaciones de poder e incluso de explotación. Para el análisis de los cuidados entre migrantes nos basamos en el marco de circulación de cuidados (Baldassar y Merla, 2014), centrado en cómo se forman las familias transnacionales, su sentido de pertenencia en la distancia y el tiempo a través de las prácticas de cuidados, y propone seguirlas a través del intercambio en las familias, involucrando a todos los actores y sus alcances en las actividades de cuidado (Merla y Baldassar, 2016).

Este marco busca una mirada más compleja en la red de relaciones entre familias transnacionales y los cuidados que circulan entre ellas, que se reconocen "como un intercambio recíproco generalizado y asimétrico regido por los códigos morales de la familia y los lazos de parentesco, es decir, la economía moral" (Baldassar y Merla, 2014, p. 63).

El hecho de que las participantes no crucen fronteras nacionales, marca diferencias como temporalidad y ciclo en las migraciones, así como el contexto de la migración internacional frente a las referencias conceptuales de transnacionalismo; no obstante, el marco de circulación resulta pertinente para comprender la construcción de familias a la distancia y la identidad comunitaria entre migrantes a partir del intercambio de cuidados.

Interseccionalidad

Los estudios de género y migración se basan en gran medida en la perspectiva interseccional, ya que los cuidados se insertan en estructuras de desigualdad no sólo de género, sino también en articulación con la clase, etnia y racialización. Una definición materialista de la interseccionalidad plantea "como los complejos, irreductibles, variados y variables efectos que resultan cuando múltiples ejes de diferencia —económica, política, cultural, psíquica, subjetiva y experiencial— se intersecan en contextos históricos específicos" (Brah y Phoenix, 2004; citadas en Brah, 2013, p. 14).

Así ubicamos esta investigación en la perspectiva materialista de la interseccionalidad, que propone que los individuos están situados "en distintas posiciones sociales que dependen de las estructuras y relaciones de poder […] que conllevan a formas de opresión y explotación ante las que se reivindican distintas identidades" (Sales, 2017, p. 54).

Crisis de cuidados

Desde hace dos décadas se ha planteado que la sociedad pasa por una crisis de cuidados o crisis de reproducción social (Fraser, 2016) atribuida a tres factores: "recortes de lo social, creciente presencia de mujeres en mercados laborales precarizados y aumento de la carga de cuidados en los hogares a causa del envejecimiento y la desprotección" (Vega, 2019, p. 52).

El régimen neoliberal a través de estos factores reorganiza la reproducción social en forma dualizada; mercantilizada para quienes pueden pagar, y privatizada para los que no (Fraser, 2016). Esta distinción ubica a las personas cuidadoras en trabajos con baja remuneración y condiciones de informalidad, la mayoría de ellas mujeres y en muchos casos migrantes. Mientras quienes pagan perciben mayores ingresos, con

modelos familiares de dos proveedores y desigual participación entre mujeres y hombres en la reproducción.

Estas familias no han renegociado el pacto de género, por lo que "los papeles de las mujeres y de los hombres adquiridos durante la infancia no se encuentran cuestionados cuando se contrata servicio doméstico […] [esto] compensa el desequilibrio que marcan las expectativas profesionales femeninas y silencia la ausencia de hombres que incorporen las tareas reproductivas como un elemento positivo de su masculinidad" (Martínez, 2014, p. 77).

Con ello se refleja la valorización de la esfera de producción sobre la de reproducción, que "se mira como un residuo retrógrado, un obstáculo que impide el avance en el camino hacia la liberación y del que, de un modo u otro, hay que prescindir" (Fraser, 2016, p. 128). De tal forma que, quienes realizan el trabajo de reproducción y cuidados, son mayoritariamente mujeres, pobres, racializadas y migrantes, del sur al norte global, o bien de comunidades indígenas hacia las grandes ciudades.

En este artículo nos referimos al segundo caso, migrantes —de la comunidad mazateca de Chiquihuitlán, Oaxaca— en la Ciudad de México, en un proceso migratorio dinámico desde la década de 1950, quienes han construido sus identidades en esos tránsitos y mantenido elementos de la comunidad en su ser chiquihuiteca. De cierta manera, cuidar es hacer comunidad dentro y fuera del lugar de origen.

Enfoque metodológico

Este artículo es parte de los resultados de una investigación más amplia, en la que realizamos una investigación de corte cualitativo; partimos de una etnografía multisituada en Chiquihuitlán, Oaxaca; Iztapalapa, CDMX; y Chimalhuacán, Estado de México, en el período de marzo de 2023 a julio de 2024.

Mediante observación participante, entrevistas a profundidad, pláticas informales y la recopilación de 10 historias de vida de mujeres originarias de Chiquihuitlán de Benito Juárez, Oaxaca, en edades entre 41 y 82 años, que emigraron por primera vez a la Ciudad de México entre las décadas de 1950 y 1990; ocho de ellas migrantes trabajadoras

del hogar durante alguna etapa de su vida, una cuidadora migrante sin remuneración y una comerciante de alimentos. Salvo una de ellas, el resto han vivido o trabajado en la alcaldía Iztapalapa, CDMX.

La categoría principal de la investigación fue el cuidado, que para este caso incluye el trabajo de reproducción, y para analizarlo usamos el marco de circulación de cuidados y la propuesta de *seguir la cosa* (el cuidado) entre los actores que intercambian distintas formas de cuidado a la distancia (Merla y Baldassar, 2016). De tal manera, fue posible mapear a los actores involucrados en el intercambio de cuidados, los flujos multidireccionales y la reciprocidad asimétrica (o su ausencia) a la que se refieren las autoras, así como ubicar los distintos espacios sociales en donde circulan los cuidados de las personas migrantes de Chiquihuitlán.

Para distinguir esos espacios en los que se estructuran los circuitos de cuidados, proponemos esferas de cuidados que visibilizan la participación de las mujeres en todos los ámbitos de la vida cotidiana: son esfera de cuidados familiares, esfera de cuidados comunitarios y esfera de cuidados comunitarios. En cada esfera o espacio resalta la articulación de distintas categorías de análisis en la organización de los circuitos de cuidados, así como la jerarquización y las desigualdades que vulneran su provisión.

Migración chiquihuiteca hacia la Ciudad de México

Chiquihuitlán de Benito Juárez es un pueblo mazateco ubicado en la sierra Cuicateca de Oaxaca. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2021), en 2020 tuvo una población de 2,179 personas: 54 % mujeres y 46 % hombres; el 54 % de la población de tres años y más se declaró hablante mazateco. El 44 % de 12 años y más completó su educación primaria, 21 % cursó algún ciclo en la secundaria, 12 % contó con educación media superior y superior, y 23 % se clasificó sin escolaridad. El 44 % de la población mayor de 12 años se declaró económicamente activa, de ellos 31 % fueron hombres y 13 % mujeres.

Las principales actividades económicas en Chiquihuiltán son agricultura de subsistencia, producción de café, caña y panela en pequeña escala, así como comercio en escala regional y al menudeo. La migración interna se presenta en la mayoría de las familias. En el período de marzo

de 2015 a marzo de 2020, 159 personas de cinco años y más cambiaron su lugar de residencia hacia 18 distintos estados del país; de ellos, los principales destinos fueron Ciudad de México y Estado de México, hacia donde emigraron 47 % de dichas personas (INEGI, 2021).

Con datos del CONEVAL (2022), en 2020, 89 % de la población de Chiquihuitlán se encontraba en condición de pobreza —es decir, 1,935 personas—; de ellas, 32 % se encontraba en pobreza extrema y 57 % en pobreza moderada; 41 % tienen carencias por acceso a la alimentación; 90 % es población con ingreso inferior a la línea de pobreza y de ese porcentaje, 58 % es población con ingreso inferior a la línea de pobreza extrema.

La precariedad con que históricamente se vive en el pueblo resultaron el telón de fondo para iniciar el proceso de migración laboral. En un inicio, en la década de 1940, hacia la costa (la región Mazateca Baja) en la temporada de zafra, la cual se incrementó en el período de 1953 y 1957 con la construcción de la presa Miguel Alemán (Morales, 2007). De igual manera, en la década de 1950 comenzó el flujo de migrantes hacia Ciudad de México, con desplazamientos de integrantes de algunas familias, sobre todo hombres solteros y posteriormente mujeres también solteras, así como parejas jóvenes con hijos pequeños. En ese tiempo, la migración no había impactado en la mayoría de las familias de la comunidad, quienes eran principalmente monolingües.

Durante la década de 1980 se dio un flujo masivo de migrantes, probablemente el más importante del período analizado, con ello proliferaron negocios de aceites y mantenimiento de motor de automóviles entre paisanos chiquihuitecos, oficio que era el motor de la economía de los migrantes. El trabajo de *aceitero* trazaba las distintas etapas del ciclo de vida de las personas chiquihuitecas, así como sus aspiraciones no sólo individuales, sino también familiares y de identidad comunitaria mediante el proceso de trabajo-aprendizaje y cuidados alrededor del oficio.

El oficio fue aprendido en la década de 1970 por uno de los primeros migrantes que trabajó como ayudante en un taller de mantenimiento de autos, quien posteriormente invitó a dos de sus paisanos a trabajar. Después de un tiempo, uno de ellos montó un negocio propio y contrató como ayudante a un paisano recién llegado a la CDMX, quien

con el tiempo también montó su propio negocio. Así se tejió la red de aceiteros chiquihuitecos. Para que esto fuera posible, una vez que un paisano instalaba el taller y conseguía un ayudante, le ofrecía casa y comida, además de enseñarle el oficio.

El trabajo hasta la actualidad es de lunes a domingo, este último con medio día de descanso. Esto implicaba que principalmente la pareja, pero a veces también las hijas del dueño del taller se encargaran de la alimentación y el cuidado de los trabajadores durante seis días a la semana, muchos de ellos adolescentes, sobre todo en un inicio del proceso migratorio. Respecto a las mujeres chiquihuitecas, además de formar parte fundamental de la red para la llegada de los hombres, también tejieron su propia red como mujeres trabajadoras del servicio doméstico en la ciudad desde las primeras salidas en 1950.

En la última década del milenio, la experiencia migratoria en Chiquihuitlán se diversificó en cuanto a destinos: se incrementó hacia la costa y la zona de Tuxtepec, la ciudad de Oaxaca, Cancún y Puerto Escondido en México, así como distintas ciudades en EE. UU. Asimismo, se ha postergado la edad a la primera salida y el nivel de escolaridad de las personas migrantes, quienes no solamente tienen fines laborales respecto a la experiencia de migrar, sino que empiezan a migrar con fines educativos.

Sin embargo, el trabajo del hogar para las mujeres y el oficio de aceiteros para los hombres prevalece a través de las generaciones entre población migrante chiquihuiteca. Estos dos oficios han definido sus trayectorias de vida durante décadas. Los sueños y alcances de la comunidad siguen estando en gran medida en salir a Ciudad de México y mejorar sus condiciones económicas mediante el servicio doméstico o un negocio de aceites, como sucedió con las primeras generaciones de migrantes.

Resultados

Esferas de cuidados entre migrantes chiquihuitecas

Mostramos una clasificación de los espacios de acción a lo que llamamos esferas de cuidados en las que interactúan las mujeres migrantes de Chiquihuitlán, Oaxaca, como cuidadoras o receptoras de los mismos. Para

distinguir los espacios nos referimos a la crítica de la separación entre las esferas pública y privada, comenzada por el pensamiento feminista liberal de finales del siglo XVIII (Pateman, 1996), y más recientemente confrontada desde la economía feminista con el argumento de que en sociedades preindustriales las funciones productivas y reproductivas variaba según los contextos económicos, y hombres y mujeres participaban en todas las tareas (Carrasco et al., 2011).

Las esferas de cuidados propuestas están basadas en las instituciones-relaciones que participan en la reproducción social: 1) la familia, mediante un trabajo que no es remunerado; 2) el Estado, mediante servicios y prestaciones que constituyen una especie de salario social; 3) el mercado, que proporciona servicios con fines lucrativos; y 4) la comunidad en sus múltiples formas (Comas-d'Argemir, 2014), en este caso sin la participación directa del Estado.

De acuerdo con los resultados de la investigación, las participantes del estudio construyen circuitos de cuidados con flujos multidireccionales, en la familia, el mercado y la comunidad. En estas instituciones que llamamos esferas de cuidados, operan distintas formas de desigualdad, y las categorías sociales que se articulan para ubicar a las mujeres cuidadoras en posiciones subordinadas se diferencian por esfera de acción, como muestran los relatos. Por ello, proponemos el enfoque interseccional que ubica el género en articulación con otras categorías analíticas.

La separación de las esferas de cuidados no significa que las mujeres transiten entre ellas diferenciándolas, ya que también pueden borrarse las fronteras o bien tener distintos roles en cada una. Se trata de espacios en los que las mujeres chiquihuitecas participan (o no) en los circuitos de cuidados, con distintas posiciones, muchas veces subordinadas. La mirada desde diferentes ámbitos muestra la cantidad de trabajo de reproducción social (organización comunitaria, procesos de trabajo-aprendizaje, obra social, sostenimiento de las manifestaciones culturales) que les requiere a personas migrantes chiquihuitecas asegurar el vínculo y la sobrevivencia familiar, así como la identidad comunitaria.

Esfera de cuidados familiares

La esfera de cuidados familiares incluye los cuidados que circulan entre las familias de las entrevistadas, en una concepción de familia más allá de la nuclear y biológica, que incluye otros vínculos estrechos entre paisanos y migrantes que no son parientes consanguíneos. La condición para identificar los cuidados familiares fue ubicar sus vínculos inmediatos de cuidado y apoyo, físico, económico y emocional, los cuales resultan indispensables para la reproducción tanto de las entrevistadas, como de sus dependientes directos.

En esta esfera resaltamos el intercambio de cuidados en las familias definido por Baldassar y Merla (2014, p. 22) como "inherentemente recíproco y asimétrico, regido por la «norma de reciprocidad generalizada»: la expectativa de que la prestación de cuidados debe ser, en última instancia, recíproca, aunque esto no se haga realidad". Asimismo, mostramos que los miembros de las familias migrantes pueden ser proveedores y receptores de cuidado a la vez.

Las categorías que se encuentran en intersección con el *género* en la esfera familiar y ubican la posición de las mujeres del estudio son la de *familia*, que "abarca una multitud de sentidos de parentesco y conexiones" (Sørensen y Guarnizo, 2007; citados en Baldassar y Merla, 2014, p. 73). El *parentesco* es un sistema de significados culturales por el que determinadas relaciones genealógicas se vinculan con la obligación moral y el afecto (Scheinder, 1968; citado en Comas-d'Argemir, 1993), no entendido "como algo dado, sino como algo que se manifiesta a través del comportamiento humano y la interacción social, así como mediante interpretaciones subjetivas de las relaciones sociales" (Alber et al., 2010; Carsten, 2000; Notermans, 2004; Parkin y Stone, 2004; citados en Drotbohm y Alber, 2015, p. 6).

La *edad* marca cómo los individuos se distribuyen en la división del trabajo de acuerdo con su etapa de vida, se dan o reciben cuidados, con lo que se integran a la vida social, así se definen "los grados de participación social y de poder" (Comas-d'Argemir, 1993, p. 72). El cuidado varía por las distintas etapas del *ciclo de vida*: "Hay unos tiempos para dar, recibir o devolver cuidados, y en cada etapa de la vida puede modificarse lo que

socialmente se considera apropiado" (Lynch y Danely, 2013; citados en Comas-d'Argemir, 2017, p. 21).

Por otro lado, la *reciprocidad* "es un tipo de intercambio que se da en el contexto de una relación social y que presupone una situación económica análoga por lo menos desde el punto de vista de las principales carencias" (Lomnitz, 1975, p. 141). De igual forma, se plantea que la reciprocidad "surge en una situación de carencia. Cuando la supervivencia física o social de un grupo se encuentra en juego, la gente moviliza sus recursos sociales y los convierte en un recurso económico" (Lomnitz, 1975, p. 205).

Así, las categorías anteriores permiten profundizar en las relaciones jerárquicas que estratifican los cuidados al interior de las familias, y con ello se muestran también las desigualdades que enfrentan las mujeres del estudio, en ocasiones desde la comunidad de origen y se profundizan o cambian en el lugar de destino. A continuación, presentamos uno de los casos descritos desde la propuesta de esfera de cuidados familiares.

Paula (52 años) es originaria de Chiquihuitlán y desde hace 37 años vive en Iztapalapa, en donde también se emplea como trabajadora del hogar. Vive con sus dos hijas, de 13 y 19 años, se encarga de la manutención y el cuidado a distancia de su mamá Lupe, a quien visita dos o tres veces por año en el pueblo. Lupe trabajó por años en una casa en CDMX al abandonar por violencia al papá de sus cuatro hijos e hijas. Cuando emigró para trabajar, dejó a dos con su exsuegra y a los otros dos con su mamá. Paula se quedó con su abuela materna.

A los 15 años Paula se fue a la CDMX a trabajar en casa, reemplazando a Lupe como sostén económico de su familia, formada por Paula, su abuela materna, madre y hermano. La decisión de que Paula emigrara fue de Lupe, quien le asignó el deber de ir a trabajar para comprar un terreno y hacer una casa para ellas. Aunque Paula quería estudiar la secundaria, Lupe no la apoyó, por el contrario, tenía que ser ella como hija mayor quien apoyara a la familia para tener una casa.

Paula trabajó de planta durante nueve años en una casa en Iztapalapa, hasta que su entonces empleadora se fue a vivir a EE. UU., quien pretendió llevarla, pero ella no quiso puesto que era importante mantenerse cerca de su mamá. Durante esos años, enviaba todo el dinero

que ganaba a Lupe como forma de obedecer a su madre y ahorrar para la casa. La sumisión con que respondió Paula la mayor parte de su vida a las órdenes de Lupe se debe a que *en otros tiempos así educaban a los hijos*, que tenían que obedecer a sus padres, que revela las obligaciones que derivan del parentesco que se cruzan con las de género y marcan el comportamiento socialmente *apropiado*, como madres o padres, hijas o hermanos (Comas-d'Argemir, 2017). Paula considera importante ser una buena hija, que está en deuda con su madre por el hecho de serlo.

La deuda es algo implícito en la lógica de reciprocidad, es el don diferido en el tiempo: entre el momento en que este es recibido y en el que es devuelto, tiempo en el que la o el sujeto suele sentirse en deuda (Comas-d'Argemir, 2017). En este caso, el don es el cuidado proporcionado a Paula por su mamá hasta los 15 años, cuando ya era responsable de sí misma y toda su familia. Sin embargo, la deuda no será saldada mientras Lupe viva; incluso si ella necesitara cuidados presenciales, Paula se mudaría con ella.

A los 24 años, Paula se juntó con su entonces novio, un migrante chiquihuiteco del que después de cinco años se separó sin que tuvieran hijos. A los 33 años, ella se embarazó de un paisano con el que no tenía una relación formal, y aunque llevaba años siendo independiente y asumiendo la manutención de su familia, la noticia le generó miedo por la reacción que tendría su mamá y la gente del pueblo frente a ella como madre soltera.

Ella fue rechazada por su familia, que dijeron avergonzarse de su actuar; además, no contaba con el padre de su hija y enfrentó el señalamiento de la comunidad. En este caso no se observa el intercambio inherentemente recíproco que sustenta el sentido de pertenencia en familias transnacionales, "regido por la *norma de reciprocidad generalizada*" (Baldassar y Merla, 2014, p. 22). Por el contrario, la mamá y hermana de Paula rompieron con ella cuando decidió ser madre soltera. En ese tiempo, Paula se encargó del envío constante de dinero a su mamá, quien lo recibía, pero le retiró la palabra.

Ella no cuenta con el apoyo de su madre y no tiene ninguna expectativa sobre lo que puede hacer, a la vez que sabe que su madre sí

cuenta con ella para sobrevivir ahora y en el futuro, lo asume como su deber de hija. Por ello, destina tiempo y dinero para apoyar a Lupe, aun si ella no tiene la misma disposición de acercamiento. Esto muestra que la relación de parentesco coloca el cuidado "como un deber (de las generaciones más jóvenes) y como un derecho (de las generaciones mayores)" (Comas-d'Argemir, 2017, p. 24). En ese sentido, la posición de Lupe es privilegiada frente a la de Paula, a quien ya cuidó y le debe cuidado.

Por otro lado, lo que sostiene la carga de cuidados y su estructuración jerárquica puede presentarse también como un acto identitario y de pertenencia. De pertenencia a la familia en tanto buena hija o buena madre (Gonzálvez, 2010); así como a la comunidad, con sus propias reglas sobre la identidad de las mujeres chiquihuitecas y del apoyo entre paisanos.

Cuando Paula se quedó sola recurrió a Ángela, hija de sus padrinos, su mejor amiga, paisana y posteriormente comadre, quién junto con su familia la arroparon y cuidaron mientras tuvo a su hija; se recuperó del embarazo y volvió a trabajar. Al respecto, se ha descrito cómo los vínculos de confianza tienen una importancia relevante en las relaciones, ya que involucran respeto e intimidad, y éstas pueden derivar en una relación de parentesco ritual entre quienes no son parientes (Gonzálvez, 2010).

Así fue en el caso de Paula, en el que Ángela y su esposo se convirtieron en sus compadres y padrinos de su hija, y con ello en su círculo inmediato de apoyo a partir de la ruptura con su familia consanguínea. El protagonismo que toman las redes simbólicas y sociales, como compadrazgo, padrinazgo, amistad, paisanaje, a partir de la ruptura de mujeres con sus vínculos familiares en entornos transnacionales, ha sido observado en otros estudios (Gonzálvez, 2010).

Luego de seis años del nacimiento de su primera hija, Paula se embarazó nuevamente, volvió a vivir la experiencia sola y su mamá de nuevo la rechazó. Como con su primera hija, sus compadres estuvieron con ella, ya que seguía viviendo en su casa. Ellos habían buscado ser padres y no lo conseguían. Cuando su segunda hija iba a nacer, su compadre le ofreció su apoyo nuevamente y le pidió que la diera en adopción. Ella se negó, sus compadres entendieron y las cuidaron, y una vez que pudo trabajar se cambió de casa.

El papel que ellos tuvieron como apoyo principal en todos los sentidos fue sustituido por el de dos de sus empleadoras, a una de las cuales sus hijas le llaman *abue*. Con esa familia crecieron las hijas, ya que Paula las llevaba a su trabajo todos los días desde que la mayor era pequeña. En esa familia las incluyen en paseos familiares y la siente muy cercana.

Sin embargo, también hace referencia a diversas escenas cotidianas en su jornada laboral con lo que muestra que, aunque se sienta tratada *como de la familia*, sabe que no lo es, y que su relación con esas personas está mediada por un interés económico, además de tener una división de clase respecto a lo que *le toca hacer* a cada una; por ejemplo, dice que no puede sentarse a platicar con *la señora* porque le da ansiedad no estar sirviéndoles algo o limpiando, esta actitud refleja la jerarquización entre empleadora y empleada, que esconde la ausencia de derechos laborales en el discurso del cuasi parentesco (Durin et al., 2014).

Las implicaciones de que Paula extienda su circuito de cuidados, ante la falta de apoyo de su madre y hermana, en principio representa un compromiso desde lo que ella puede dar, que es su trabajo y la forma en la que lo realiza. Ella se siente en deuda con las personas que la han apoyado (igual que con su mamá, sin haberlo hecho), algo implícito en la lógica de reciprocidad. Sin embargo, el supuesto es que la relación mercantilizada no se rige por la reciprocidad, sino por el intercambio económico. Aun así, considera que la han ayudado.

Paula ha sido cuidadora y cuidada, y en ambos casos ha sido ella quien llevó la mayor carga de cuidados porque se siente en deuda. Pero también se sabe responsable de su madre, quien no la ayudó, pero es su mayor figura de respeto, incluso cuando la ha dejado sola en los momentos que más la ha necesitado.

Esfera de cuidados comunitarios

En esta esfera se sostienen relaciones de cuidados entre personas identificadas como chiquihuitecas dentro y fuera de su comunidad de origen, quienes no necesariamente tienen lazos de parentesco o compadrazgo y están regidas por la lógica de reciprocidad (Lomnitz, 1975). Aquí las categorías que se encuentran en intersección y definen la posición de las

mujeres del estudio son género, familia, parentesco, edad, ciclo de vida, reciprocidad y comunidad.

La *comunidad* "como una construcción histórica en que es fundamental la vivencia por siglos en una situación de subordinación étnica. Una entidad compleja y contradictoria, cambiante y diversa" (Bastos, 2023, p. 126). El principio de la comunidad "es el significado que se da a las relaciones entre quienes la forman: se comportan como miembros de un todo colectivo; y no como una simple suma de individuos" (Bastos, 2023, p. 128).

Mostramos los cuidados comunitarios como la red de apoyo de migrantes en el lugar de destino, a partir del aprendizaje de oficios entre generaciones de chiquihuitecas y chiquitecos: respectivamente, trabajadoras domésticas en el caso de las mujeres y comerciantes de aceites en el de los hombres. Lo cual implicó entre familias de las primeras generaciones de migrantes, la enseñanza y socialización de saberes, alojamiento y colocación, tanto en el trabajo del hogar como en un taller de aceites.

Una de las expresiones de cuidados comunitarios es la socialización de saberes alrededor de un oficio realizado por mujeres (López, 2019). En otro contexto, Comas-d'Argemir (1993, p. 76) menciona que "el término de «cuidado comunitario», consiste en la provisión de servicios domiciliarios por parte de familiares, amigos, vecinos o voluntarios para atender distintos tipos de servicios sociales y de asistencia".

Sobre este tema se ha descrito la presencia de parientes en el lugar de destino como un factor decisivo para la migración, así como también, los núcleos de paisanos y parientes avecindados que se dedican a ocupaciones semejantes, las cuales son consideradas como "*marginadas* desde el punto de vista de la economía urbana industrial […] [ya que] tienden a encontrarse al margen de los procesos económicos y políticos oficiales" (Lomnitz, 1975, pp. 16-17), y cuyo denominador común es la falta de seguridad social y económica.

Una acotación al respecto es que, a lo largo del tiempo las vías de inserción al trabajo entre migrantes han variado y, dado que la mayor parte de habitantes del pueblo cuenta con algún pariente cercano trabajando en la Ciudad de México, los puntos de llegada son más diversos. Además,

con la modernización de las casas en el pueblo en cuanto al material y diseño, la generalización del uso de electrodomésticos, así como baños y regaderas, y sobre todo medios de comunicación como TV y redes sociales, facilitan el ingreso al trabajo del hogar sin la necesidad de un período de aprendizaje.

Entre la comunidad chiquihuiteca migrante hay dos tipos de oficios: aceiteros y trabajadoras del servicio doméstico. En el aprendizaje del oficio de aceitero, los encargados son los hombres y se da en el espacio del taller, pero el trabajo de reproducción y cuidados para esos aprendices lo realizan las mujeres, con la provisión de casa y comida, como a un miembro más de su familia. Respecto al aprendizaje del trabajo doméstico, se lleva a cabo entre mujeres y se realiza en el hogar mediante un periodo de inducción y la ubicación de la trabajadora en una casa. En el tiempo previo a la partida de la trabajadora a la casa en la que se emplea de planta, también se asume como parte de la familia que la recibe.

Al respecto, María y Ernesto emigraron en la década de 1970. Ernesto trabajó con el primer chiquihuiteco que tuvo un taller de aceites, por lo que es uno de los pioneros en el oficio. Tanto él como María han sido personajes fundamentales para posibilitar la migración de generaciones de jóvenes que llegaron a la Ciudad de México en busca de mejores opciones de vida; además, son figuras clave para la creación y sostenimiento de la cultura chiquihuiteca en el lugar de destino. En esa generación y algunas previas, tener parientes o paisanos en el lugar de destino era determinante para emigrar, tal como documentó Lomnitz (1975) sobre los marginados en Ciudad de México.

María emigró a los 17 años para trabajar en casa, al principio trabajaba de planta. En Ciudad de México se encontró con Ernesto, paisano de Chiquihuitlán y se comprometieron y casaron cuando ella tenía dos años trabajando. Ernesto tenía años de haber emigrado y ya tenía planes de tener su propio taller. Cuando se casaron, María dijo que le ayudaría a juntar para su herramienta y para que pudieran poner el taller, por lo que se mantuvo trabajando en casa otro año, de entrada por salida, hasta que nació su primera hija.

Como señalan Durin et al. (2014), desde hace décadas se ha documentado esta dinámica sobre las trabajadoras del servicio doméstico recién llegadas a la capital, quienes antes de trabajar de entrada por salida fueron trabajadoras de planta (Goldsmith, 1990; citada en Durin et al., 2014). También se ha planteado que con el tiempo cambian el tipo de empleo en el servicio doméstico, o bien se convierten en amas de casa (Jelin, 1977; citada en Durin et al., 2014), lo que en la mayoría de las migrantes chiquihuitecas principalmente se sostiene la segunda afirmación, ya que es poco común que cambien el tipo de empleo, incluso entre generaciones de mujeres de la misma familia. Lo que sí sucede es que una vez casándose, algunas mujeres dejen de trabajar, esto en función de los recursos familiares.

Después que nació su segunda hija, María se reincorporó al trabajo del hogar de entrada por salida; en este caso, no sólo pesan las causas a las que se refiere Goldsmith (1990; citada en Durin et al., 2014) sobre volver al empleo después de casarse, por ser abandonada, viuda o porque el ingreso del marido fuera insuficiente para mantener el hogar, sino porque María tenía en mente el taller de aceites, posteriormente otro taller, la construcción de la casa de Iztapalapa y, finalmente, la casa del pueblo; es decir, quería ahorrar para que sus condiciones de vida mejoraran.

En el taller de Ernesto había dos trabajadores de planta y los que pudieran sumarse, que vivían en su casa. Más que trabajadores, pasaban a ser miembros de la familia, sobre todo en lo que respecta a la provisión de cuidados. Esto implicaba que María se encargara de cocinar y enviar la comida todos días a los trabajadores del taller, incluido Ernesto. Actualmente, las esposas de los aceiteros dueños de taller, en su mayoría siguen enviando comida para todos los trabajadores y el dueño, seis días a la semana.

En ocasiones, algunos trabajadores llegaban en pareja y se establecían en la casa de María y Ernesto, mientras la pareja podía ahorrar para rentar un cuarto y posteriormente tener su propio negocio. Las mujeres trabajaban en casa mientras los hombres se convertían en aceiteros, y ambos ahorraban para el taller. Por su parte, las mujeres que llegaban solteras o solas recurrían también a las familias de los aceiteros, como

la de María y Ernesto, quienes se distinguieron por habilitar un refugio temporal en su casa para generaciones de migrantes chiquihuitecas, en tanto conseguían empleo; muchas de ellas como ahijadas o comadres de la dueña de la casa, quien generalmente estaba en pareja con un aceitero.

María recibió a varias generaciones de mujeres jóvenes y también adultas que vivían en la comunidad y huían de la violencia o la pobreza; les ofrecía su casa, les enseñaba a trabajar en el servicio doméstico, les conseguían trabajo de planta y, una vez instaladas en el trabajo, las recibía durante su descanso, desde el sábado en la noche hasta el lunes por la mañana.

De esta manera se sostuvo el proceso migratorio hacia la CDMX durante casi cinco décadas y se sentaron las bases para construir una red de apoyo para más migrantes desde la década de 1950 hasta el cierre del milenio, cuando muchas familias ya tenían algún miembro viviendo en la CDMX. Además, este trabajo de reproducción, oculto entre lo marginal, sostuvo y sostiene la reproducción social y cultural de la comunidad en el entorno migrante.

Esfera de cuidados mercantilizados

Por esfera de cuidados mercantilizados entendemos las relaciones de cuidados que se dan a partir del trabajo en el servicio doméstico en la Ciudad de México, el cual genera ingresos a las migrantes chiquihuitecas, pero en algunos casos posibilita otro tipo de vínculos de confianza entre empleadora y empleada; los cuales no son sólo un intercambio entre ingreso y trabajo, sino que involucran aspectos subjetivos como el afecto o el paternalismo por parte de empleadoras/es hacia sus trabajadoras. Pese a ello, las fronteras de clase son permanentes y conscientes para las dos partes.

La perspectiva de las cadenas globales de cuidados ha sido ampliamente retomada en investigaciones que resaltan la mercantilización del cuidado y las relaciones de las familias transnacionales. Asimismo, se ha empleado el concepto de cuidados mercantilizados definidos como "aquellos cuidados que se remuneran sean o no miembros de la red de parentesco quien los realiza" (Cerri y Alamillo-Martínez, 2012, p. 7), en los que los cuidados son prestados incluso en contextos fuera de la familia.

Vinculamos la esfera de cuidados mercantilizados con el servicio doméstico que se caracteriza no sólo la remuneración por el trabajo, sino por las relaciones entre empleadora y trabajadora y las asimetrías de género, etnia, edad, etcétera (Durin et al., 2014). Con ello se resalta la faceta servil y no contractual del trabajo doméstico que se da en las relaciones de dominación y sumisión sostenidas entre ambos polos de la relación (Camus y De la O, 2014).

En el caso de los cuidados mercantilizados, las principales categorías en intersección fueron: género, clase, etnicidad y racialización. De forma general se entiende que clase se vincula a un grupo sujeto más o menos a las mismas formas de explotación con respecto a la propiedad sobre y la expropiación de los medios de producción (Hall, 2005). Para efectos del análisis las clases, tienen que ver con la estratificación laboral y sus posiciones jerárquicas tanto en la comunidad de destino como en la de origen.

Otra categoría central es la etnicidad, una dimensión relacional y construida para diferenciar un colectivo de otros, cuya construcción es jerarquizada y desigual (Bastos, 2023). La etnicidad "se sustenta en fuerzas históricas específicas, que son al mismo tiempo estructurales y culturales, y tiene sus orígenes en la incorporación asimétrica de grupos de estructura diferente en una sola economía política" (Comaroff y Comaroff, 2006; citados en Durin, 2010, pp. 15-16). La racialización y racismo son categorías que también se incluyen en el análisis, estas parten del imaginario que invoca el concepto de raza y el racismo que a partir de ello se ha construido, "El racismo no consiste en el señalamiento de las diferencias, sino en adjudicarles (generalmente a priori) una carga negativa" (Margulis, 1999, p. 44).

Toña (41 años) emigró a los 12 años, después de la repentina muerte de su padre por la mordedura de una serpiente. Es la mayor de seis, Milagros quedó viuda con cinco hijas (la menor de ellas tenía un año) y, un par de años después tuvo otra pareja y, con él, su sexto hijo (varón). Toña se fue con su madrina después de la muerte de su papá, la llevaron para cuidar al nieto de su madrina, que era un bebé de menos de un año. Ella conocía a toda la familia, había confianza y afecto; sin embargo, no tenía horario ni podía tomar descansos con el pretexto de que la mamá del

niño le enseñaría algo de su oficio de estilista, aunque más que aprender o que le enseñaran algo, siempre terminaba cuidando al bebé.

Además de que el trato era más distante con su madrina y las hijas de ésta, ella extrañaba a su mamá y sus hermanas, y su duelo por la pérdida de su padre seguía latente, por lo que no se acostumbró y volvió al pueblo. A los 13 años, Toña se volvió a ir a México porque la presión económica era fuerte y necesitaban dinero. La segunda vez se fue a vivir con una tía.

Un aspecto general de las primeras salidas de las mujeres migrantes es que ocurría cuando eran adolescentes o niñas, y el primer trabajo al que accedían era de planta, incluso si llegaban con mayor edad, pero solteras o jefas de hogar. Las mujeres casadas y con más tiempo en la ciudad, trabajaban generalmente de entrada por salida. Algo que fue evidenciado desde hace décadas es que "el trabajo de planta y el de entrada por salida representaban diferentes momentos en el ciclo vital de las mujeres: las primeras tendían a ser jóvenes y solteras, mientras que las segundas, eran mayores y casadas" (Durin et al., 2014, p. 25).

Toña trabajaba de entrada por salida porque luego de su primera experiencia, no le gustó trabajar de planta, además de que se sentía muy sola de tiempo completo en su trabajo. Sin embargo, tuvo problemas en casa de su tía porque su tío era violento y ella vivía con miedo continuo, por lo que, después de que salió de casa de sus tíos, no tenía un lugar fijo para quedarse, vivía con paisanas que le dejaban estar en su casa.

Posteriormente, también su hermana se fue a trabajar a CDMX, ya que vio mal que Milagros tuviera una nueva pareja. Aunque ella no quería salir del pueblo, Milagros y Toña la forzaron a irse, ya que no podían controlar su comportamiento. Cuando su hermana llegó, Toña le consiguió trabajo y juntas rentaron un cuarto cerca de la central de abastos, en el que vivieron hasta que su hermana se fue a vivir con su novio.

Durante cuatro años, Toña trabajó en casa y envió dinero a Milagros constantemente, hasta los 17 años que se juntó con el papá de sus dos hijos y paisano suyo. El papá de sus hijos resultó irresponsable, bebedor y violento, por lo que Toña volvió a trabajar. Los niños tenían el mayor dos años y el menor tres meses, y no pudo regresar a trabajar en casa, ya que no tenía quien los cuidara, así que se fue a la Central de Abastos a

pelar tomates, limpiar chiles y cebollas. Iba con su hermana, su cuñado y los hijos de ambas, hasta que se mudó con pareja e hijos a vivir al pueblo.

Un año después abandonó al papá de sus hijos porque bebía y la golpeaba cada vez más. Toña emigró de nuevo dejando a sus hijos al cuidado de Milagros y, con ello, las cosas se pusieron peor entre Milagros y el papá de su hijo, con quien se juntó principalmente porque pensó que teniendo una pareja disminuiría su trabajo y dificultades para sostenerlos, pero no fue así. Milagros tuvo un sexto hijo y el papá no la apoyaba, sólo se encargaba de aportar maíz, frijol y chile a la casa, dinero no. Por ello, cuando Toña se fue dejando a sus hijos, el acuerdo con su mamá era que ella cuidaba a los hijos y Toña se haría cargo de los gastos. Así fue como los hijos de Toña se quedaron al cuidado de su abuela Milagros durante 13 años.

Actualmente Toña trabaja en tres casas en Iztapalapa, en donde también vive. Trabaja de lunes a viernes, en cada casa le pagan trescientos pesos por su jornada diaria. En dos casas va dos días y en una casa sólo uno. En la casa donde trabaja un día, su jornada es de seis horas con una familia atenta con ella, que generalmente la incluyen en sus desayunos y pláticas; sin embargo, a veces ella prefiere no participar porque pierde tiempo. Es la casa más cercana a su hogar.

Las otras casas resultan jornadas más largas, en lugares distantes, y una en particular extenuante. Ahí lleva más de 15 años trabajando, su jornada es de ocho horas y el trabajo muy pesado, tiene que limpiar, cocinar y lavar; además, su empleadora es muy exigente y la mantiene en vigilancia constante; una casa que la abruma y cansa, pero no le resulta fácil dejar. La tercera casa es de la hija de la señora exigente, con quien también trabaja ocho horas, pero en donde se siente más cómoda porque no hay adultos en casa mientras trabaja, sólo dos adolescentes a quienes cuida y alimenta.

Toña reconoce que no deja de ir a esas casas, porque dado que son familia, dejar a la señora exigente implica dejar a la hija. Y eso la abruma, buscar otro trabajo, conocer gente nueva, familiarizarse con la casa y con las formas de la familia. Buscar trabajo resulta complicado no sólo por el hecho concreto de conseguir empleo, sino por la incertidumbre que le

genera una nueva casa, nueva empleadora y nuevas condiciones. Por ello prefiere aguantar la sobrecarga de trabajo que tiene en una de las casas.

En este punto resalta la opresión que ejercen las patronas sobre sus empleadas (Durin et al., 2014) y la distinción del servicio doméstico, el cual se inserta en "un mercado laboral que opera con base en representaciones sobre el trato y respeto" (Lautier, 2003; citado en Durin et al., 2014, p. 25) y en el que la jerarquización de empleadora/trabajadora es una regla a favor de la empleadora, además de que los tratos son de palabra y pueden cambiar en el tiempo.

Actualmente, podría decirse que Toña vive el momento más tranquilo de su vida, apoyada económicamente por su hijo y sin tantas cargas ajenas, ya que en 2010 le diagnosticaron diabetes crónica y, aunque al inicio no podía cuidar su salud, una vez que descargó sus deberes y compromisos de cuidados con sus hijos y madre, ahora su enfermedad es su mayor problema.

Discusión

De acuerdo con los resultados de la investigación con mujeres migrantes chiquihuitecas, los cuidados se proveen o reciben en distintos espacios o ámbitos de acción o esferas del cuidado, y no se desempeña el mismo rol en ellas; ya que son las distintas etapas del ciclo de vida, así como las necesidades del contexto las que organizan los roles. A partir de la división de esferas del cuidado, complejizamos las relaciones subordinadas de género y mostramos la cantidad de trabajo que tienen que desarrollar las mujeres chiquihuitecas migrantes dentro y fuera del ámbito del hogar. Asimismo, describimos cómo los vínculos de parentesco, compadrazgo y comunitarios se sostienen con base en el intercambio de cuidados que desarrollan las mujeres, tanto en el lugar de origen como en el entorno migrante.

Las familias chiquihuitecas, vistas a través del marco de circulación de cuidados, muestran que los intercambios de cuidados familiares son *asimétricamente recíprocos*, ya que éstos fluyen en forma desigual, simultánea y diacrónicamente entre generaciones, con desigualdades inherentes en contenido e intensidad como proponen Baldassar y Merla (2014),

pero también hay flujos unidireccionales y personas que cargan con más cuidados que otras, asumiendo los cuidados de quienes no participan en la provisión. Las relaciones de cuidados no se dan ante acuerdos establecidos entre dos partes, sino que se estratifican jerárquicamente por género, parentesco, edad, ciclo vital, y hay quienes se hacen cargo y quienes no.

Los vínculos familiares son en su mayoría extensos y sus integrantes comparten la vivienda tanto en la comunidad como en el entorno migrante, por ello incluimos la noción de parentesco que ubica las relaciones y jerarquías que organizan los vínculos familiares. Por otro lado, las normas familiares están recargadas en la comunidad, los roles de género y generacionales están marcados por el deber ser, una *buena madre*, *buena hija*, *buena esposa*, *buena nuera* se reflejan no sólo en la forma en que se rige la familia ideal, sino que también son una manera de integrarse a la comunidad en una posición respetada siguiendo las formas establecidas. Parte de estas normas dictan el cuidado como deuda y obligación sobre todo hacia los padres.

En cuanto a la estratificación del género en los cuidados, el lugar de las madres es preponderante, sin embargo, este lugar se trabaja o adquiere en el tiempo, mientras sus hijas e hijos crecen y les provee cuidados. Así, las primeras personas en reconocer a una *buena madre* proveedora de cuidados son las propias hijas e hijos una vez que son adolescentes. De esa forma, con el tiempo la madre gana escaños en la estructura familiar, y cuando crecen pueden resultar un apoyo para la madre frente a un padre violento o ante su ausencia. Ser *buena hija* está determinado principalmente por obedecer y cuidar a sus padres, madres y otros familiares, como hermanas hermanos, abuelas, abuelos, etcétera.

Los vínculos generalmente se mantienen vivos y encarnados a la distancia, de alguna manera los cuidados le dan sentido a una parte de la identidad chiquihuiteca, que pone los cuidados al centro, en donde no sólo rigen lógicas de mercado y capital, sino que se basa en principios de reciprocidad, los cuales se mantienen latentes y como estrategia ante el olvido del estado y la intersección de desigualdades que atraviesa la población. Por otro lado, aspectos subjetivos como el afecto, el deber y la obligación también hacen parte del complejo entramado de las relaciones de cuidados.

Así como en la familia, en la comunidad los cuidados se organizan mediante las normas comunitarias que articulan el género, parentesco, edad, ciclo vital y reciprocidad. Algo de resaltar es que en su mayoría los individuos no son considerados como totalmente independientes, sino que, dada la carencia y la precariedad latente —que temporalmente puede mejorar, pero también empeorar—, los miembros entre las familias se consideran dependientes unas y unos de otras y otros, por ello es más evidente la participación de hombres y mujeres de distintas generaciones en los circuitos de cuidados.

Las relaciones de compadrazgo frecuentemente denotan un vínculo entre distintos estratos sociales en la comunidad. En esos casos, madrinas y padrinos tienen algunas características que sobresalen de la familia, ya que cuando alguien bautiza a su hija o hijo, busca principalmente que la persona elegida tenga un estatus más alto que su propia familia. Esta diferencia es en su mayoría económica, pero también hay personas buscadas por su calidad moral, por su compromiso comunitario, por su nivel de escolaridad y por su participación política.

En cuanto a la esfera de cuidados mercantilizados, se muestra cómo se establecen las asimetrías entre empleadora y trabajadora, las cuales no solamente son de clase, sino también étnicas "pues no son exactamente trabajadoras en condiciones de igualdad, sino que suelen ser representadas como parte de una masa indiferenciada destinada a la servidumbre, objeto de protección, de beneficencia o de civilización" (Cumes, 2014, p. 386).

Esta distancia social es consciente desde las dos partes, aunque cuando parecen difuminarse las fronteras entre la clase y el parentesco, el *ser como de la familia* no necesariamente es en y por beneficio de la trabajadora, sino que ello puede asegurar su subordinación y explotación por mayor tiempo. A la vez, se observan otras experiencias en las que los empleadores tienen mayor empatía con las trabajadoras, y las impulsan a superar su etapa en el servicio doméstico, aunque en ningún caso ha sucedido.

Otra característica que resalta en los casos es la reproducción de clase como trabajadora del servicio doméstico. En algunos relatos es

común que las hijas se inserten en el servicio doméstico vía sus madres. Sucede también en el caso de los hombres, el oficio de aceitero es común entre la población y se reproduce entre generaciones, por lo menos hasta la última década del milenio.

Conclusiones

El objetivo del artículo fue mostrar una clasificación de los espacios de acción o lo que llamamos esferas de cuidados entre las que interactúan las mujeres migrantes de Chiquihuitlán, Oaxaca, como cuidadoras o receptoras de cuidados, para ello basamos la clasificación de esferas de cuidados en tres ejes de la reproducción social: esfera de cuidados familiares, esfera de cuidados comunitarios y esfera de cuidados mercantilizados. Esta clasificación es resultado de una investigación más amplia en la que analizamos cómo las mujeres chiquihuitecas vinculadas al servicio doméstico en la Ciudad de México estructuran sus circuitos de cuidados dentro y fuera de su comunidad de origen.

Si bien las esferas del cuidado evidenciaron la multidireccionalidad de los flujos de cuidados propuestos en el marco de circulación, también observamos flujos unidireccionales o de fuga, como se plantea en las cadenas globales de cuidados, aun al interior de las familias y las redes de parentesco, por lo que nuestros resultados con migrantes chiquihuitecas contrasta con la propuesta de Baldassar y Merla (2014) sobre los flujos de cuidados inherentemente recíprocos. En el caso de esta investigación, los resultados muestran que no necesariamente es así, ni en la expectativa ni en la realidad de las entrevistadas. Además, la idea de reciprocidad puede ocultar que los cuidados se proveen tanto por afecto como por deber y obligación.

Las mujeres migrantes mediante sus vínculos familiares, comunitarios y de sus paisanas y paisanos en el entorno migrante, resuelven la provisión de cuidados al margen de otras instituciones, como el Estado o el mercado. Además, ellas se encargan de proveer cuidados a quien puede pagarles, lo cual convierte el cuidado mismo en un acto de privilegio en el que las personas mejor cuidadas son quienes tienen más posibilidad de pagar por ello, algo que Tronto (2005, p. 236) llama "desequilibrios men-

surables y materiales en la cantidad de cuidado que reciben las distintas personas y en la cantidad de recursos con los que cuentan las personas para su trabajo de cuidar".

Estos desequilibrios se estructuran por clase en todas las sociedades, y de alguna manera así aseguran su reproducción, como muestran los resultados de la investigación, en donde las segundas generaciones de migrantes mantienen los oficios de sus madres y padres. En particular, el servicio doméstico es un trabajo en el que actualmente se insertan las hijas jóvenes de migrantes chiquihuitecas a través de sus madres.

Consideramos como los principales aportes de la investigación, emplear el marco metodológico de la migración transnacional y la circulación de cuidados en un proceso de migración circular campo-ciudad, así como la clasificación de las esferas de cuidados, lo cual resultó revelador de la forma en la que se organizan los cuidados entre diversos miembros de la familia y la comunidad para posibilitar la migración y, de esa manera, ingresar en la esfera de cuidados mercantilizados, a la vez mostró que algunos hombres también cuidan, así como el involucramiento intergeneracional en los cuidados, de la misma manera que expuso que no sólo en los cuidados mercantilizados, sino también en la familia y la comunidad hay mujeres que no participan en la provisión de cuidados.

Quienes no cuidan, gozan del derecho de *la irresponsabilidad privilegiada* (Tronto, 2005), que se refiere a cómo la división del trabajo y su valoración social

> permiten a algunas personas excusarse de las responsabilidades básicas de cuidar porque tienen otro trabajo más importante que realizar […] [ésta] es una especie de servicio personal en el que quien recibe las tareas de cuidado de los y las demás simplemente da por sentado tener derecho a ellas. (Tronto, 2005, p. 240)

Lo cual hace que los cuidados permanezcan ocultos, desapercibidos y silenciados, ya que las personas del servicio doméstico no están en igualdad de condiciones que quienes reciben los cuidados.

Ante este panorama, consideramos que en vías de alcanzar la redistribución en la carga de cuidados es necesario pensar en una responsabilidad colectiva del cuidado del mundo, generalizando la necesidad de cuidados y asumiéndonos dependientes de ellos en alguna medida,

así como siendo capaces de proveer cuidados a otras personas. Y eso se concreta en movimientos mediante los que se instrumentaliza el cuidado, a partir de los cuidados de nosotras y nosotros mismos, sobre todo para descargar a otras y otros de los cuidados que podemos asumir sobre nuestras personas.

Así podemos ver distinta a la familia y reestructurar la provisión de cuidados desde una institución que condiciona y establece roles y jerarquías en la provisión y recepción de cuidados. Sin embargo, es también desde ahí donde se pueden retomar principios de reciprocidad e intercambio de cuidados a partir del involucramiento de los integrantes sin importar género ni generación y entendiendo los cuidados como responsabilidad colectiva para la reproducción familiar; es decir, que lo que hacen hoy las mujeres sería la norma para todos (Comas-d'Argemir, 2014).

Referencias

Baldassar, L., y Merla, L. (2014). Conceptualising care circulation. En L. Baldassar y L. Merla (Eds.), *Transnational families migration and the circulation of care. Understanding mobility and absence in family life* (pp. 16-106). Routledge Taylor & Francis Group.

Bastos, S. (2023). Comunidad, desposesión y recreación étnica en México y Guatemala. En S. Bastos y E. Martínez (Eds.). *Colonialismo, Comunidad y Capital. Pensar el despojo, pensar América Latina*. (pp. 125-160). Cátedra Interinstitucional Universidad de Guadalajara-CIESAS-Jorge Alonso.

Brah, A. (2013). Pensando en y a través de la interseccionalidad. En M. Zapata, S. García, y J. Chan, (Eds*.). La interseccionalidad en debate. Actas del Congreso Internacional "Indicadores Interseccionales y Medidas de Inclusión Social en Instituciones de Educación Superior"*. (pp. 14-20). Lateinamerika-Institut der Freien Universität Berlin. https://www.lai.fu-berlin.de/disziplinen/gender_studies/miseal/publicaciones/pub15/index.html

Camus, M., y De la O, M. (2014). El encanto de la colonialidad tapatía: notas sobre la cultura de la servidumbre. En S. Durin, M., De la O, y S. Bastos, (Coords.), *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano*. (pp. 145-171). Publicaciones de la Casa Chata.

Carrasco, C. (2014). La economía feminista: Ruptura teórica y propuesta política. En C. Carrasco (Ed.), *Con voz propia: la economía feminista como apuesta teórica y política* (pp. 25-47). La Oveja Roja.

Carrasco, C. (2005). La paradoja del cuidado: Necesario pero invisible. *Revista de Economía Crítica*, (5), 39-64. https://www.revistaeconomiacritica.org/index.php/rec/article/view/389

Carrasco, C., Borderías, C., y Torns, T. (2011). Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. Carrasco, C. Borderías, y T. Torns, (Coords.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. (pp. 13-95). Los Libros de la Catarata.

Cerri, C., y Alamillo-Martínez, L. (2012). La organización de los cuidados, más allá de la dicotomía entre esfera pública y esfera privada. *Gazeta de Antropología*, 28 (2), 1-23. http://dx.doi.org/10.30827/Digibug.23793

Comas-d'Argemir, D. (1993). Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco. En X. Roigé (Coord.), *Perspectivas en el estudio del parentesco y la familia* (pp. 65-82). Actas del VI Congreso de Antropología. Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español; Asociación Canaria de Antropología.

Comas-d'Argemir, D. (2014). La crisis de los cuidados como crisis de reproducción social. Las políticas públicas y más allá. Periferias, fronteras y diálogos. *Actas del XIII Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español*. (pp. 329-349). Universitat Rovira i Virgili. https://www.researchgate.net/publication/265598631_La_crisis_de_los_cuidados_como_crisis_de_reproduccion_social_Las_politicas_publicas_y_mas_alla

Comas-d'Argemir, D. (2017). El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales de los cuidados. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 22(2), 17-32. https://raco.cat/index.php/QuadernseICA/article/view/333109

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, CONEVAL. (2022). *Concentrado indicadores de pobreza 2020* [Archivo Excel]. https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Oaxaca/Paginas/principal.aspx

Cumes, A. (2014). La casa como espacio de "civilización". En S. Durin, M. De la O, y S. Bastos, (Coords.), *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano* (pp. 371-397). Publicaciones de la Casa Chata.

Drotbohm, H., y Alber, E. (2015). Introduction. In: E. Alber & H. Drotbohm, (Eds.), *Anthropological Perspectives on Care. Work, Kinship, and the Life-Course*. (pp. 1-20). Palgrave Macmillan.

Durin, S. (2010). Introducción. En S. Durin (Coord.) *Etnicidades urbanas en las Américas. Procesos de inserción, discriminación y políticas multiculturalistas*. (pp. 15-27). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social; Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública del Tecnológico de Monterrey.

Durin, S., De la O, M., y Bastos, S. (2014). Introducción. En S. Durin, M. De la O, y S. Bastos, (Coords.), *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano* (pp. 23-38). Publicaciones de la Casa Chata.

Federici, S. (2015). Sobre el trabajo de cuidado de los mayores y los límites del marxismo. *Nueva Sociedad*, 256, 45-62. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4103_1.pdf

Fraser, N. (2016). El capital y los cuidados. *New Left Review*, 100, 111-132. https://newleftreview.es/issues/100/articles/nancy-fraser-el-capital-y-los-cuidados.pdf

Gonzálvez, H. (2010). *Migración colombiana, género y parentesco: La organización social de los cuidados*. [Tesis doctoral] Universidad de Granada. https://digibug.ugr.es/handle/10481/15466

Hall, S. (2005). La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad (S. Giraldo, Trad.). *Revista Colombiana de Antropología, 41*, 219–257. (Trabajo original publicado en 1986). http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252005000100008

Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI. (2021, 16 de marzo). *Tabulados predefinidos del cuestionario básico estatal municipal del Censo de Población y Vivienda 2020*. [Archivo Excel]. https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/#tabulados

Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI

López, A. (2019). Cuerpo, espacio y género. Las mujeres bagayeras en el límite Aguas Blancas, Argentina-Bermejo, Bolivia. *Estudios Fronterizos*, 20. 1-17. https://doi.org/10.21670/ref.1905026

Margulis, M. (1999). La racialización de las relaciones de clase. En M. Margulis et al. *La segregación negada*. Cultura y discriminación social. (pp. 37-62). Biblos.

Martínez, R. (2014). Las nuevas tendencias del empleo doméstico en España. En S. Durin, M. De la O, y S. Bastos, (Coords.), *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano*. (pp. 49-81). Publicaciones de la Casa Chata.

Merla, L., y Baldassar, L. (2016). Concluding reflections: 'Care circulation' in an increasingly mobile world: Further thoughts. Book Review Symposium "The portability of care in an increasingly mobile world: Chains, drains and circulation". *Papers*, 101/2, 275-284. http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers.2268

Morales, S. (2007). *Catálogo de la serie documental Presidencia del Archivo Municipal de Chiquihuitlán, Villa de Juárez, Oaxaca. Periodo: 1935-1975*, [Tesis de licenciatura], Universidad Nacional Autónoma de México. https://hdl.handle.net/20.500.14330/TES01000626076

Pateman, C. (1996). Críticas feministas a la dicotomía público/privado. En C. Castells, (Comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*. Paidós, 1996. 31-52.

Sales, T. (2017). Repensando la interseccionalidad desde la teoría feminista. *Ágora. Papeles de Filosofía*. Vol. *36*(2), 229-256. http://dx.doi.org/10.15304/ag.36.2.3711

Tronto, J. (2005). Cuando la ciudadanía se cuida: Una paradoja neoliberal del bienestar y la desigualdad. En A. Rincón, (Coord.), *Congreso Internacional Sare 2004: "¿Hacia qué modelo de ciudadanía?"*. (pp. 231-253). EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer.

Vega, C. (2019). Reproducción social y cuidados en la reinvención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos. *Revista de Estudios Sociales*, *70*, 49-63. https://doi.org/10.7440/res70.2019.05

Mayra Guadalupe Salazar Valseca

Mexicana. Maestra en población y desarrollo por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México. Adscrita a la Universidad Autónoma Chapingo, México. Líneas de investigación: género, migración, cuidados.
Correo electrónico: mayra.gsv@gmail.com

Miriam Aidé Núñez Vera

Mexicana. Doctora en ciencias en desarrollo rural por la Universidad Autónoma Chapingo, México. Adscrita a la Universidad Autónoma Chapingo, México. Líneas de investigación: migración, género, cultura.
Correo electrónico: miri_nuve@yahoo.com.mx

Rodrigo Megchún Rivera

Mexicano. Doctor en ciencias sociales por el colegio de Michoacán. Adscrito a la Universidad Autónoma Chapingo, México. Líneas de investigación: relación entre poblaciones rurales y políticas públicas.
Correo electrónico: coniklecoy@hotmail.com